

LIBRO VIGÉSIMOSÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO SE ENCONTRÓ EL MEDIO.

Después de un momento de silencio, se oyó la voz de Salvador como bajada de las alturas en que al parecer se cernía.

— Hay á pesar de todo un medio, caballero Jackal, dijo Salvador.

— ¡Bah! ¿Y cuál? preguntó éste, extrañado de que hubiese un medio que á él no le hubiese ocurrido.

— Un medio sumamente sencillo, continuó Salvador, y por lo mismo sin duda no habéis dado en ello.

— Entonces, decidió pronto, repuso Mr. Jackal, quien parecía más ansioso de saberlo que todos los circunstantes.

— Voy á repetirlo, dijo Salvador; ¿mas no habiéndome comprendido la vez primera, lo entenderéis la segunda?

Parecía que Mr. Jackal redoblaba su atención.

— ¿Qué he ido yo á hacer en vuestra casa momentos antes de ser arrestado?

— Fuisteis á depositar en mi despacho las pruebas que atestiguan la inocencia de Mr. Sarranti, al menos según vos lo decís (un esqueleto de un niño hallado en el jardín de Vanves, en casa de un tal Mr. Gerard). ¿No es eso?

— Eso mismo. ¿Y para qué os llevé yo tales piezas?

— Para presentarlas en los estrados del señor procurador del rey.

— ¿Y lo habéis hecho? preguntó con severidad el joven.

— Os juro, caballero Salvador, se apresuró á responder Mr. Jackal en tono sentimental, que yo iba al palacio de S. M. á Saint-Cloud con intención de hablar al señor ministro de justicia, que se encontraba allí, acerca de las piezas que me habíais llevado.

— Abreyaemos; el tiempo es precioso: ¿no lo habéis hecho?

— No, respondió Mr. Jackal, porque fui hecho preso antes de llegar á Saint-Cloud.

— Pues bien; lo que no habéis hecho solo, vamos á hacerlo los dos juntos.

— No os comprendo, caballero Salvador.

— Vais á acompañarme á casa del procurador del rey, donde referiréis los hechos tales cuales los comprendéis ahora.

Por más interés que quisiese aparentar Mr. Jackal en suscribir al plan de Salvador, estaba muy lejos de confiar en el paso que éste proponía.

— No tengo ningún inconveniente, respondió con flojedad, meneando la cabeza como el que desconfía de lo que va á hacer.

— Me parece que no sois de mi modo de pensar, dijo Salvador; ¿desaprobáis mi proyecto?

— Por completo, respondió Mr. Jackal.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 2625 MONTERREY, MEXICO

— Veamos las razones.

— Aun cuando presentásemos al señor procurador del rey las pruebas más irrecusables de la inculpabilidad de Mr. Sarranti, Mr. Sarranti no dejará por eso de ser un reo condenado en virtud de una sentencia del tribunal, sentencia infalible según nuestras leyes, y por más clara que sea su inocencia no se le podrá sacar de la cárcel. En caso se acordará abrir una nueva instrucción, seguir un nuevo proceso, pero entretanto Mr. Sarranti no será puesto en libertad. Un proceso no tiene límites fijos, ni precisos; un proceso dura un año, dos años, diez años; un proceso dura siempre si hay interés en que no concluya jamás. Pues bien, suponed una cosa, y es que estas largas dilaciones llegaran á cansar á Mr. Sarranti; una vez cansado, pierda su valor, cae en el marasmo, lucha algún tiempo contra el esplín, y por último un bello día le pasa por la imaginación el suicidarse.

Estas palabras, después de las cuales Mr. Jackal se detuvo para ver el efecto que producian, causaron desde luego una conmoción eléctrica, pues los cien hombres se estremecieron como un solo hombre.

El mismo Mr. Jackal se espantó de tal emoción, y creyendo que podía serle desfavorable, procuró desviar de sí la cólera de todos, que concentrada en una sola tempestad, podía aplanarle, pues añadió con viveza:

— Observad, caballero Salvador, y hacédselo también notar á estos caballeros, que yo no soy más que un agente, una rueda de la máquina; recibo el impulso, no lo doy; no mando, ejecuto; se me dice: Haced, y obedezco.

— Continúad, caballero, continuad; lejos de enfadarnos por lo que decís, estos caballeros y yo os damos mil gracias por lo que nos ilustráis.

Estas palabras devolvieron pronto, al parecer, su valor á Mr. Jackal.

— Os decía pues, continuó, que un bello día, acaso el mismo en que el proceso llegue á su término, si es que alguna vez llega, es posible que se lea en los periódicos de la mañana que el carcelero, al entrar en la prisión de Mr. Sarranti, lo encontró colgado como á Toussaint Louverture, ó estrangulado como á Pichegru. Porque al fin, añadió Mr. Jackal con una naturalidad terrible, bien sabéis que cuando un gobierno se pone en camino, no se detiene en la primera etapa de la marcha.

— Basta; dijo Salvador con una voz sombría. Tenéis razón, caballero Jackal; es mal medio el que he propuesto. Felizmente, se apresuró á añadir, aun renunciando á él, como hemos renunciado al del general Le Bastard de Premot, me queda un tercer plan que creo mejor que los otros dos.

La asamblea respiró.

— Voy á hacerlos jueces de él, prosiguió Salvador.

Todos prestaron atento oído, conteniendo su respiración; inútil es decir que Mr. Jackal no era el que menos escuchaba al joven.

Así como vos, continuó dirigiéndose á Mr. Jackal, empleasteis bien el tiempo desde la prisión de Mr. Sarranti; yo tampoco perdí el mío, pues hace tres meses que previendo, ó poco menos, lo que nos está sucediendo, concebí el proyecto de que os voy á dar cuenta.

— No podéis figuraros el interés con que os esoucho, dijo Mr. Jackal.

Salvador se sonrió imperceptiblemente.

— Vos conocéis la Conserjería como la palma de vuestra mano. ¿ No es así, caballero Jackal?]

— Naturalmente, respondió éste, extrañado de que se le hiciese una pregunta tan sencilla.

— Entrando por la reja situada entre las dos torres, esto es, por la entrada y salida de los presos, se atraviesa el patio yendo á parar, pasado el postigo, al calabozo, es decir, á la puerta de la cárcel.

— Así es, insinuó Mr. Jackal con un movimiento de cabeza.

— En medio del calabozo hay una estufa, alrededor de la cual se ponen á hablar los criados del carcelero, los agentes de policía y los gendarmes; precisamente frente á la puerta de entrada se abre la del fondo en el corredor que da á los calabozos ordinarios; nada tenemos que ver con estas puertas. Es á la izquierda de la puerta de entrada, á la izquierda de la estufa, en un cuarto enlosado, cuya puerta con una abertura enrejada da sobre un corredor particular, donde se encuentra el departamento de los condenados á muerte.

Mr. Jackal siguió con sus movimientos afirmativos de cabeza; la descripción topográfica era exactísima.

— Ahí es naturalmente donde han debido encerrar á Mr. Sarranti, si no desde el día de su sentencia, al menos de tres á cuatro días á esta parte.

— Tres días há, dijo Mr. Jackal.

— ¿Y ahí se halla á estas horas, y estará hasta la de su ejecución?

Mr. Jackal respondió con un nuevo ademán afirmativo.

— Ved cómo estamos de acuerdo en el primer punto; pasemos al segundo.

Hubo un momento de silencio.

— Reparad un poco en lo que es la casualidad, prosiguió Salvador, y como mal que pese á los pesimistas pro-

tege á las buenas gentes. Un día, hacia las cuatro de la tarde, saliendo yo de palacio al concluirse una de las últimas vistas del proceso de Sarranti, bajo por la orilla del río, y vuelvo por el costado del machón del puente de San Miguel, donde tengo de ordinario una canoa amarrada, cuando á lo lejos de la orilla del río entreveo encima del ribazo y debajo del pretil del Horloge cuatro ó cinco aberturas cerradas por rejas de hierro con dobles cruceros. Jamás había parado la atención en tales aberturas, que no son más que simples sumideros, pero entonces, preocupado como estaba por el penoso sentimiento en que me ponía la probable condena de Mr. Sarranti, me aproximé y las examiné en su conjunto por de pronto y después en sus detalles, resultando de esta vista ocular que era muy fácil soltar estas rejas y penetrar no sólo hasta el pretil sino también según todas las probabilidades hasta la misma cárcel; ¿mas á qué profundidad? esto es lo que me era imposible adivinar.

Aquel día no me ocupé más de esto, aunque si toda la noche estuve pensando en ello.

Pero al día siguiente á eso de las ocho de la mañana ya estaba yo en la Conserjería, porque es preciso sepáis que tengo un amigo en la Conserjería, y vais á ver bien pronto que es bueno tener amigos en todas partes: fui á buscarle, y hablando y paseándome solo con él, adquirí la seguridad de que una de las aberturas que da al ribazo del río estaba pegante al patio de los presos.

La dificultad consistía en conocer el camino que recorrería subterráneamente esta especie de canal, que no debía pasar muy lejos del calabozo de los condenados á muerte.

Bien, me dije á mí mismo; esta es una mina que hay que excavar, y nuestros canteros de las Catacumbas no son hombres que retroceden por tan poco.

Cinco ó seis de los oyentes de Salvador hicieron una señal de asentimiento con la cabeza; eran los canteros á quienes el joven acababa de dirigir su interpelación.

Salvador prosiguió: levanté entonces el plano de la Conserjería, lo que me fué sumamente fácil calcando un plano antiguo que encontré en la biblioteca de palacio, y una vez bien penetrado de él, designé tres de nuestros hermanos para acompañarme.

En la misma noche, continuó Salvador, noche que dichosamente era una noche sombría, después de haber quitado sin ruido la reja del albañal, penetré en el subterráneo, pero al cabo de diez pasos me encontré detenido por otra reja de hierro que cerraba el subterráneo en toda su altura y largura, enrejado parecido al que da sobre el Sena.

Vuélvome por los mismos pasos, y hago entrar á uno de mis hombres, armado de sus herramientas, en el sombrío y estrecho paso, quien al cabo de diez minutos vino á caer á mis pies sobre el ribazo, por estar medio asfixiado á causa de no haber querido volver sin abrir la verja.

En la certeza que el obstáculo había desaparecido, avancé de nuevo en la garganta sombría y fétida; pero no bien había andado veinte pasos cuando me volví á encontrar con un segundo enverjado.

Volví á ganar la orilla del agua, casi sofocado, animando á uno de mis compañeros á que me abriese el paso.

Regresó medio muerto, pero, como el primero, había hecho su labor, pues el segundo enrejado estaba franco.

Continué andando, y á los diez pasos de la segunda me presentó una tercera verja, por lo cual retrocedí triste pero no desanimado, hacia mis hombres.

De los tres, dos estaban ya extenuados, y no había que contar con ellos.

El tercero, fresco y lleno de ardor, antes que yo acabase de formular mi deseo, se había lanzado al sombrío conducto.

Pasáronse diez minutos, pasó un cuarto de hora y mi hombre no volvía.

Me meto en el subterráneo en su busca, á diez pasos de la boca del sumidero tropiezo con un obstáculo que no conozco, extendiendo las manos, palpo un cuerpo, lo arrastro por la blusa y lo llevo hasta el ribazo; era demiasado tarde, el cuerpo no era más que un cadáver, el infeliz había muerto asfixiado.

Tales fueron los trabajos del primer día, ó mejor dicho de la primera noche, dijo terminando friamente Salvador.

Todos los circunstantes escuchaban el relato de este trabajo heroico, con un recogimiento y un interés que no hay para qué describir. Más que todos, Mr. Jackal miraba y remiraba al narrador con una especie de estupefacción, considerándose cobarde y pequeño en presencia de este valiente joven que le parecía un gigante colosal.

En cuanto al general Le Bastard de Premont, apenas Salvador pronunció las últimas palabras de su narración, avanzó un paso hacia él, preguntándole:

— ¿Y sin duda el difunto tenía mujer y dos niños?

— No os ocupéis de eso, general, contestó, pues está remediado en lo posible el daño, porque á la mujer se le ha señalado una renta vitalicia de 120 libras, y los niños están ya en la escuela de Amiens.

Volvió á su sitio el general, diciendo:

— Continúa, amigo mío.

Al día siguiente, prosiguió Salvador, volví á mi estrecho con los dos hombres restantes que me habían acompañado antes, y entrando solo con una botella de cloro en cada

mano, hallé que el tercer enrejado había sido abierto por el fallecido, y que podía por tanto continuar mi camino. Después del tercer enrejado, el sumidero torcía á la derecha.

Á medida que me dirigía á la derecha, la anchura del subterráneo se estrechaba.

Y luego me di cuenta de que encima de mi cabeza se sentían pasos, que eran sin duda de la ronda de carceleros ó soldados, los cuales atravesaban el patio que daba sobre el terreno en que yo estaba.

Eso no me dió ningún cuidado.

Las distancias las tenía yo calculadas de una manera infalible, pues sabía que á los treinta metros debía penetrar hacia la izquierda, y que en mi curva, ó más bien mi ángulo, la medida estaba sacada tan exactamente como en una mina estratégica.

Regresé esparciendo el cloro por todo lo largo de mi ruta para desinfectar en lo posible el subterráneo, volvimos á colocar el primer enrejado, y nos retiramos como la vispera.

Los estudios topográficos estaban hechos, y debían empezarse ya los trabajos prácticos, trabajos cuya dificultad podréis apreciar sabiendo que tres hombres, relevándose de hora en hora y trabajando cada uno dos horas por noche han tenido que emplear sesenta y siete noches para concluirlo.

Un grito de reconocimiento, un murmullo de admiración se escapó de los labios de todos.

Tres hombres solos se habían tomado un trabajo tan inmenso.

Estos eran, el carpintero Juan Taureau, el albañil Saco de Yeso, y el carbonero Toussaint Louverture, los cuales

dieron un paso atrás oyendo á los carbonarios manifestar tan profunda admiración.

— Hé aquí los tres autores de esta obra gigantesca, dijo Salvador, designándolos á la asamblea.

Los tres Mohicanos hubieran preferido estar escondidos y metidos en lo más profundo de la mina abierta por ellos; y avergonzados de tales elogios bajaron los ojos como los niños.

— Que salvemos ó no á Mr. Sarranti, dijo por lo bajo el general Le Bastard á Salvador, estos tres hombres tienen hecha su fortuna.

Salvador cambió un apretón de mano con el general.

— Al cabo de dos meses, continuó el joven, estábamos ya cabalmente debajo del calabozo de los condenados á muerte, calabozo casi siempre desocupado, porque no colocan en él á los reos hasta dos ó tres días antes del suplicio.

Podíamos pues, una vez llegados á tal sitio, trabajar sin miedo de despertar la atención de los carceleros, como efectivamente á los siete días habíamos ya removido una losa, que por estar cortada en bisel bastaba desencajarla para levantarla y dar paso por el hueco al preso. Para mayor seguridad y para el caso de que el carcelero entrase al ruido que hiciera el preso al escaparse, Saco de Yeso ha embutido en la losa, para amarrarla por la parte de abajo, una argolla que Juan Taureau tendrá asegurada con todas sus fuerzas, hasta que Mr. Sarranti haya llegado al río en que yo le aguardaré con una barca.

Una vez Mr. Sarranti en la barca, yo respondo de todo.

— Tal es mi proyecto, caballero, continuó Salvador; todo está dispuesto y ya de nada se trata sino de llevarlo á efecto, á menos que Mr. Jackal no nos demuestre palmaria-

mente que nos puede salir fallido. Hablad pues, Mr. Jackal, y que sea pronto, porque no tenemos más tiempo que el preciso para poner manos á la obra.

— Caballero Salvador, respondió de todas veras el jefe de la policía de seguridad, si no temiera pasar por hombre que adula á los demás por interesarlos en su favor, os expresaría la profunda admiración con que apruebo proyecto tan gigantesco.

— No os pido cumplimientos, sino vuestra opinión, repuso el joven.

— Admirar vuestro plan, es aplaudirlo, caballero, replicó el hombre de la policía, Sí, caballero Salvador; tan cierto es que he sido un necio en haceros arrestar, como encuentro vuestro proyecto excelente, infalible, asegurándoos que será puesto en planta con felicidad; pero permitidme que os dirija una pregunta: puesto en libertad el preso, ¿qué contáis hacer con él?

— Ya os he dicho que yo respondo de él, Sr. Jackal.

Mr. Jackal meneó la cabeza en ademán de que no le satisfacía aquella seguridad.

— Pues bien; voy á deciroslo todo, caballero, y de seguro vais á ser de mi dictamen con respecto á la fuga, como lo sois ya en cuanto á la evasión. Una silla de postas está preparada en una de las callejuelas que desembocan en el pretil, los tiros de caballos están dispuestos en toda la travesía del camino por un correo que he mandado delante; las cincuenta leguas que hay de aquí al Havre se correrán en diez horas.

— En el Havre está esperando un vapor inglés dispuesto á echar á correr desde luego; de manera que cabalmente á la misma hora en que todo el mundo se aglomerará á empellones en la plaza de Greve para ver subir al patíbulo

á Mr. Sarranti, Mr. Sarranti salvará la frontera de Francia con el general Le Bastard de Premont, quien ningún motivo tendrá de permanecer en París después de la salida de Mr. Sarranti.

— Pero os olvidáis del telégrafo, dijo Mr. Jackal.

— Nada menos que eso; ¿quién puede dar el aviso, indicar la ruta tomada, hacer jugar el telégrafo? La policía, es decir, Mr. Jackal.

Pues bien; Mr. Jackal está con nosotros y está dicho todo.

— Está muy bien dicho, dijo Mr. Jackal.

— Vais á tener la bondad de ir con estos caballeros al sitio que se os ha destinado.

— Estoy á vuestras órdenes, Sr. Salvador, dijo el hombre de policía inclinándose.

Pero Salvador le detuvo, extendiéndole la mano sin tocarle.

— Ninguna necesidad tengo de recomendaros una prudencia extraordinaria tanto en vuestras acciones, como en vuestras palabras; toda tentativa de evasión, por ejemplo, sería, bien lo sabéis, reprimida en el mismo instante y de una manera irreparable, porque no estaria yo presente para salvaros como lo he conseguido hasta ahora. Id pues con Dios, Sr. Jackal, y que él os tenga de su mano.

Dos hombres cogieron á Mr. Jackal cada uno por un brazo, y desaparecieron en la espesura del bosque virgen.

Luego que los perdieron de vista, Salvador, teniendo á su lado al general Le Bastard de Premont, hizo seña á Juan Taureau y á Toussaint Louverture y á Saco de Yeso para que le siguiesen, y todos se dirigieron al subterráneo.

No les acompañaremos en aquel dédalo de las Catacumbas que hemos recorrido ya con la imaginación cuando

entró en ellas Mr. Jackal, y de donde éstos salieron por una casa de la calle de Santiago, situada junto á la de Noyers.

En este sitio se separaron, yendo juntos Salvador y el general para reunirse á los otros en el ribazo del pretil del Horloge, donde, según hemos dicho, estaba amarrada la barca de Salvador.

Hallábase colocada bajo la sombra que proyectaba el arco del puente. El general Le Bastard, Toussaint Louverture y Saco de Yeso se pusieron en la barca, de manera que para echar á andar no tenían más que desatarla.

Salvador y Juan Taureau se quedaron solos en el ribazo.

— Ahora, dijo Salvador en voz baja, pero de modo que pudiesen oírle no sólo el carpintero sino también los otros tres compañeros; ahora, Juan Taureau, escúchame bien y no pierdas ni una de mis palabras, porque estas son tus últimas instrucciones.

— Escucho, contestó el carpintero.

— Trepas sin detenerte y lo antes posible hasta lo último del tránsito.

— Sí, Sr. Salvador.

— Cuando estemos seguros que no tenemos nada que temer, tú encajarás tus espaldas en la losa, y con toda tu fuerza la irás desencajando poco á poco, de manera que la levantes pero sin darle vuelta hacia el calabozo, para no excitar la atención del que esté guardando el preso. Cuando tú estuvieres seguro de ello, esto es, cuando conozcas que con un último esfuerzo levantarás la losa, me tirarás de la manga y yo haré lo demás. ¿Me has comprendido bien?

— Sí, Sr. Salvador.

— Pues entonces en marcha, dijo Salvador.

Juan Taureau levantó el primer enrejado y se metió en el subterráneo, recorriéndole con la presteza que era posible á un hombre de su estatura.

Salvador entró algunos segundos después de él.

Llegaron á un paso de distancia bajo el calabozo de los condenados á muerte.

Entonces Juan Taureau hizo alto y se puso á escuchar, mientras que Salvador por su parte hacia otro tanto.

El silencio más profundo reinaba á su alrededor y encima.

En su vista, Juan Taureau se arqueó lo mejor que pudo, metió su cabeza en su cuello, su cuello en sus hombros, y apoyando terriblemente sus dos manos sobre sus dos rodillas, empujó la losa con sus espaldas de una manera tan vigorosa, que al cabo de algunos segundos sintió que la piedra cedía á sus esfuerzos y á su ruda presión.

Entonces le tiró de la manga á Salvador.

— ¿Está ya? preguntó éste.

— Sí, murmuró Juan Taureau todo anhelante.

— Bien; dijo el joven preparándose á su vez: ahora me toca á mí: aprieta, Juan Taureau, aprieta.

Juan Taureau siguió empujando; la losa se desprendió del suelo ó pavimento, y se fué levantando por grados hacia arriba. Por esta especie de claraboya que la piedra sillar removida á manera de dovela formaba con el terreno, el cual para la cárcel era piso y para el subterráneo techo, penetraba de aquélla á éste un débil resplandor, luz que despedía una lámpara fúnebre.

Salvador sacó la cabeza por este agujero abierto, echó una mirada rápida por toda la extensión de aquel aposento

destinado á los reos de muerte, y lanzó en seguida un grito de terror.

¡ El calabozo estaba vacío !
 ¡ No estaba allí Mr. Sarranti !

CAPÍTULO II.

DE LO QUE HABÍA PASADO MIENTRAS MR. JACKAL HACÍA DETENER Á MR. SALVADOR, Y SALVADOR HACÍA DETENER Á MR. JACKAL.

Para que podamos hallar la explicación del misterio que acababa de asustar á Salvador, es preciso que volvamos á Mr. Gerard, cuando salía de la oficina de Mr. Jackal, pertrechado con su pasaporte y ansiando salir de Francia.

No narraremos las multiplicadas emociones de que era presa el filántropo de Vanves, siguiendo el largo corredor y la escalera obscura y tortuosa que conducía desde el despacho de Mr. Jackal al patio de la Prefectura : los compañeros del honrado personaje agrupados ó vagando bajo aquella bóveda sombría que hoy ha desaparecido ó va á desaparecer, y que parecía, sin exageración, un respiradero del infierno, le hicieron el efecto de otros tantos demonios, dispuestos á arrojarse sobre él y clavarle las uñas en la carne.

— Así atravesó rápidamente la bóveda, como si hubiera temido ser reconocido y preso por los agentes ; aun más de prisa atravesó la reja, como si hubiera temido que ésta se cerrase dejándole prisionero.

En la puerta encontró su caballo, cuya brida había

puesto en manos de un mandadero, dió algunas monedas á aquel hombre, y saltó sobre el caballo con la ligereza de un corredor de New-Market ó de Epson.

El camino fué una horrible pesadilla, una marcha forzada á toda la carrera de su caballo, algo parecida á la fantástica carrera del rey de las tinieblas á través del bosque. Sólo quedaba, de la tormenta que acababa de descargar con tantos truenos y relámpagos sobre la tierra, sólo había una gran nube negra que cubría la luna, rápidos destellos, últimos instantes de la tormenta ; aparecían aislados, y de vez en cuando, sin ser seguidos de ningún ruido, arrojando una luz livida y siniestra sobre el fantástico viajero que, experimentando los terrores de su juventud, hubiera hecho, si se hubiera atrevido, la señal de la cruz á cada uno de aquellos relámpagos. En suma, era una noche sombría, á propósito para llevar el espanto á la conciencia menos culpable ; así el filántropo de Vanves, que se hacía justicia, y estaba lejos de colocarse en la categoría de los seres inocentes, sentía correr por todo su cuerpo un sudor frío, mientras toda su sangre parecía que se le helaba en las venas.

Diez minutos aún de esa carrera violenta y llegaría á Vanves. Pero su caballo por vigoroso que fuese, hostigado por los espolazos desde la calle de Jerusalén, y fatigado ya con la primera carrera, parecía vacilar sobre sus piernas y amenazaba caer á cada paso ; el viento se introducía por sus narices desmesuradamente abiertas, pero parecía no poder penetrar hasta sus pulmones. Mr. Gerard arrojó una viva mirada sobre el insondable horizonte, con el fin de calcular cuántos minutos tardaría en llegar ; sostuvo al animal con la brida y las piernas, y comprendiendo que si se paraba un momento, su caballo caería donde se de-

tuviere, le clavó cruelmente sus espuelas en el vientre.

Al cabo de cinco ó seis minutos, que le parecieron horas, empezó á distinguir en la obscuridad la sombría silueta de su castillo ; algunos segundos despues estaba delante de la puerta.

Lo que habia previsto, sucedió ; en el momento que se detenía delante de la puerta, su caballo cayó bajo él.

Es esperaba este incidente, de suerte que tomó sus precauciones, y se encontró en pie en el momento mismo en que el caballo caía por tierra.

Este acontecimiento, que en cualquiera otra ocasión hubiera despertado la compasión de Mr. Gerard, cuya filantropía se desbordaba de los hombres sobre los animales, no produjo en él aquella vez más que un pequeñísimo efecto ; su objeto, su solo objeto y único era tomar toda la delantera posible sobre los espolistas, que la fantasía de Mr. Jackal (y Mr. Gerard sabía cuán fantástico era su protector), que la fantasía de Mr. Jackal aconsejaba detrás de él, podía poner en su equipaje. Habiendo llegado á su casa, habia llenado su objeto ; poco le importaba ya la vida ó la muerte del noble animal que lo habia salvado.

Se sabe ya que el filántropo de Vanves no era precisamente un modelo de gratitud.

Dejó pues, el caballo donde estaba, sin desensillarlo, con muy poca inquietud por lo que pudiera sucederle al cadáver, que según todas las probabilidades, no sería reconocido hasta la mañana siguiente, habiendo caído el animal junto á la puerta y no en medio del camino ; despues abrió precipitadamente la puerta y la cerró despues de haber entrado con más precipitación aun con dos pestillos y tres cerrojos, subió rápidamente al segundo piso, sacó de una

alacena, que le servía para guardar el calzado, una enorme muleta de cuero, la arrastró hasta su alcoba y encendió una bujía.

Allí respiró... un segundo : su corazón palpitaba con tal violencia, que pudo temer algunos momentos que llegase á romper su pecho. Durante estos momentos, permaneció en pie, la mano apoyada sobre el pecho, tratando de regularizar los latidos de su corazón ; despues, habiéndose librado de esta especie de asfixia, empezó á ocuparse de los supremos preparativos de un viaje, que se llama arreglar los baúles.

Un hombre, oculto en un rincón de esta alcoba, por poco perspicaz que fuera, habria descubierto en Mr. Gerard un criminal, con sólo ver el modo desatentado con que hacia este trabajo, que siempre exige tanta reflexión, colocando, á la casualidad, en el fondo de la maleta la ropa blanca y los trajes que sacaba de un armario de puertas de cristal y de los cajones de la cómoda, mezclando los calcetines con los cuellos postizos, las camisas con los chalecos ; metiendo las botas en los bolsillos de los trajes, los zapatos en las mangas de los gabanés, estremeciéndose al menor ruido y deteniéndose para enjugar con una camisa ó con una servilleta su frente pálida y cubierta de sudor.

Cuando trató de cerrar la maleta estaba tan cargada, que Mr. Gerard no pudo conseguir juntar el pestillo con la cerradura ; apretó con todas sus fuerzas, pero inútilmente. Entonces á la casualidad, sacó á puñados ropa blanca y vestidos, los arrojó por el suelo y pudo al fin juntar la parte de arriba con la de abajo.

Entonces, abrió su escritorio, sacó de un cajón, cerrado con doble vuelta, una cartera que contenía dos ó tres millones en valores sobre los bancos de Austria é Inglaterra,

valores que tenía preparados de antemano para el caso de su huida, que se presentó al fin.

Descolgó dos pistolas de dos cañones, que estaban colocadas á su cabecera y al alcance de su mano; después bajó rápidamente las escaleras; entró en las cuadras; enganchó él mismo los dos caballos de tiro á su carruaje, que pensaba llevar hasta Saint-Cloud; allí tomaría caballos de posta, dejando los suyos al administrador de postas, para que los cuidase hasta su vuelta, y se dirigiría á Bélgica.

En veinte horas, y pagando á los postillones dobles agujetas, habría pasado la frontera.

Enganchados los caballos, puso en las bolsas del carruaje las pistolas, abrió la verja de la calle para no tener que bajar de su asiento, y volvió á subir para bajar la maleta.

La maleta era pesada. Mr. Gerard hizo algunos esfuerzos para colocársela en la espalda, pero conocía que era un empeño inútil.

Tomó el partido, pues, de llevarla arrastrando.

Pero en el momento en que se inclinaba para cogerla por el asa de cuero, le pareció oír un ligero ruido, como el roce de un traje, al lado de la escalera.

Se volvió rápidamente.

Bajo el marco sombrío de la puerta, había aparecido una figura blanca.

La puerta figuraba el nicho: la figura blanca, la estatua.

¿Qué significaba esta aparición?

Cualquiera que fuese, Mr. Gerard retrocedió ante ella.

El aparecido pareció que levantaba penosamente sus pies del suelo, y dió dos pasos adelante.

Excepto la cobarde y ruin figura del matador, se hubiera creído asistir á una representación de Don Juan, en el momento en que el Comendador, marchando á pasos mudos sobre las baldosas de la sala del festín, hacia retroceder á su espantado huésped.

— ¿Quién eres? preguntó al fin Mr. Gerard, cuyos dientes chocaban entre sí de terror.

— Yo, respondió la aparición con una voz tan grave que parecía salir del sepulcro.

— ¿Vos? preguntó Mr. Gerard con el cuello inclinado y la mirada fija, procurando reconocer al recién venido sin poderlo conseguir. Tan espeso era el velo que el miedo colocaba ante su vista. ¿Quién sois vos?

El aparecido no contestó; pero dió otros dos pasos adelante y entró en el círculo alumbrado por la vacilante luz de la bujía y bajo su capucha.

Verdaderamente era un fantasma; nunca se había presentado á sus ojos una fisonomía tan demacrada, nunca se ha esparcido por rostro humano una palidez tan cadavérica.

— ¡El monje! gritó el asesino con la misma voz que hubiera dicho, ¡soy muerto!

— ¡Ah! ¡me reconocéis al fin! dijo el abate Domingo.

— Sí, sí, sí, os reconozco, balbuceó Mr. Gerard.

Después, reflexionando en la debilidad aparente del monje, y en la humilde y piadosa misión que tenía que cumplir sobre la tierra, le preguntó con algún más valor:

— ¿Qué queréis de mí?

— Voy á deciroslo, respondió dulcemente el abad.

— En este momento no, dijo Mr. Gerard; mañana, pasado.

— ¿Por qué no ahora mismo?

— Porque yo salgo de París por veinticuatro horas, porque tengo mucha prisa en marchar, y porque no puedo retardar mi viaje ni un solo instante.

— Es preciso que me oigáis ahora mismo, dijo el monje con una voz firme.

— Otro día, hoy no, esta noche y en este momento, no.

Y cogiendo su maleta, dió dos pasos arrastrándola detrás de sí y dirigiéndose hacia la puerta.

El monje retrocedió, de manera que le cerraba el paso con su cuerpo.

— ¡ No pasaréis ! le dijo.

— ¡ Dejadme pasar ! dijo el asesino.

— No, contestó el monje con una voz tranquila, pero firme.

Mr. Gerard comprendió entonces que iba á pasar alguna escena terrible entre él y aquel vivo fantasma.

Dirigió una mirada al lugar en que de costumbre estaban colocadas sus pistolas.

Acababa de cogerlas y de llevarlas al carruaje.

Miró á su alrededor por ver si descubría algún arma al alcance de su mano.

¡ Ninguna !

Registró convulsivamente sus bolsillos por ver si encontraba un cuchillo.

¡ Nada !

— Sí, ¿ no es cierto ? dijo el monje, ¡ me mataríais como lo habéis hecho con vuestro sobrino ! ¡ Pero aunque tuviéseis un arma no me mataríais ! ¡ Dios quiere que yo viva !

Al ver aquel rostro sereno, al oír aquella voz solemne, Mr. Gerard sintió que se apoderaba de él el primer terror.

— Y ahora, dijo el monje, ¿ queréis oírme ?

— ¡ Hablad pues ! dijo Mr. Gerard rechinando los dientes.

— Vengo por última vez, dijo el monje con una voz triste, á pedir os permiso para revelar vuestra confesión.

— ¡ Pero es mi muerte lo que me pedís con eso ! ¡ eso es conducirme de la mano al cadalso ! ¡ Jamás ! ¡ jamás !

— No, porque concediéndome ese permiso, que me lleva de mi voto ; os dejo partir.

— ¿ Sí, y en seguida vais á denunciarme, haréis jugar el telégrafo, y no estoy á diez leguas cuando me han preso ! ¡ nunca ! ¡ nunca !

— Os doy mi palabra, señor, y vos sabéis que soy esclavo de ella, que hasta mañana á mediodía no usaré del permiso.

— ¡ No ! ¡ no ! ¡ no ! repitió Mr. Gerard, cobrando valor por la violencia de su negativa.

— Mañana á mediodía podéis haber salido de Francia.

— ¿ Y si obtenéis la extradición ?

— Yo no la pediré. Yo, señor, soy un hombre de paz, yo pido que el pecador se arrepienta y no que sea castigado. Yo no quiero que vos muráis ; sino que mi padre no muera.

— ¡ Nunca ! ¡ nunca ! vociferó el asesino.

— ¡ Pero esto es espantoso ! dijo como si hablase consigo mismo el abad Domingo. ¿ No habéis oído, pues, no habéis comprendido mis palabras ? ¿ No veis acaso mi dolor ? ¿ No sabéis que vengo de andar ochocientas leguas á pie ? ¿ Que he estado en Roma y que he vuelto para obtener del Padre Santo el derecho de revelar vuestra confesión, y... y que no lo he obtenido ?...

Mr. Gerard había creído sentir pasar el ala de la muerte ; pero esta vez aún se retiró sin tocar su frente.

Su cabeza, inclinada un instante, volvió á erguirse.

— ¡ Oh ! vos lo sabéis, dijo, el compromiso que tenéis conmigo es formal : ¡ después de mi muerte, si ! ¡ pero mientras viva, no !...

El monje se estremeció, y repitió maquinalmente :

— ¡ Después de su muerte, si ! ¡ pero mientras viva, no !...

— ¡ Dejadme, pues, pasar, repuso Mr. Gerard, pues no podéis nada contra mí !

— Señor, dijo el monje, extendiendo sus dos brazos blancos para cerrar la puerta, lo cual le dió la actitud de un crucificado, cuya palidez ya tenía, ¿ sabéis que la ejecución de mi padre se ha fijado para mañana á las cuatro ?

Mr. Gerard no contestó.

— ¿ Sabéis que en Lyon he caído enfermo de fatiga, sabéis que pensé morir, sabéis que habiendo hecho voto de hacer el camino á pie, y no habiéndome podido poner en camino hasta hace ocho días, he caminado hoy cerca de veinte leguas ?

Mr. Gerard continuó guardando silencio.

— ¿ Sabéis, prosiguió el monje, que he hecho todo esto como piadoso hijo, tanto por salvar la honra como la vida de mi padre ? ¿ Sabéis que cada vez, y á medida que se me presentaban obstáculos ante mí, hacia juramento que ningún obstáculo me impediría salvarle ? ¿ Sabéis, que después de este terrible juramento ; cuando podía haber encontrado la puerta cerrada, la he encontrado abierta ; que cuando podiais haber marchado, os encuentro aquí ; cuando podía no volveros á ver, nos encontramos uno frente al otro ? ¿ No veis en todo esto la mano de Dios, señor ?

— ¡ Veo por el contrario que Dios no quiere que sea

castigado, puesto que la religión te prohíbe revelar la confesión, y que has estado en Roma inútilmente para obtener una dispensa del Santo Padre !

Después, haciendo un movimiento de amenaza, que indicaba que á falta de armas, estaba decidido á una lucha cuerpo á cuerpo :

— Dejadme pasar, pues, exclamó.

Pero el monje extendió de nuevo el brazo para cerrarle la puerta.

Después con la misma voz tranquila y firme, dijo :

— ¿ Señor, creéis que para persuadirlos, he empleado todas las palabras, todas las plegarias y todas las súplicas que pueden tener eco en el corazón del hombre ? ¿ Creéis que haya un medio de salvar á mi padre fuera del que os propongo ? Si hay alguno, decidlo, no pido otra cosa que hacer uso de él, aunque deba perder mi vida en este mundo y mi alma en el otro ! ¡ Oh ! si conocéis alguno, decidle, yo me pongo de rodillas ante vos, para suplicaros que salvéis á mi padre.

Y el monje cayó de rodillas, con las manos extendidas y la mirada suplicante.

— No conozco ninguno, dijo descaradamente el miserable ; dejadme pasar.

— Yo conozco uno, dijo el monje, que Dios me perdone el que lo emplee, pues que no puedo revelar tu confesión, sino después de tu muerte : ¡ muere pues !

Y al mismo tiempo, sacando un cuchillo de su pecho, lo hundió en el corazón del asesino.

Mr. Gerard no dió un grito.

Cayó muerto al instante.

El abad Domingo se levantó, fué al cadáver y reconoció que todo había concluido.

— Dios mío, dijo, apiadaos de mi alma, y perdonadle en el cielo, como yo le perdono sobre la tierra.

Después, volviendo á colocar el cuchillo lleno de sangre en su pecho, salió de la alcoba sin dirigir una mirada detrás, bajo la escalera, atravesó lentamente el parque y salió por la verja que le había dado entrada.

El cielo estaba tranquilo, la noche serena, la luna brillaba como un globo de topacio; las estrellas reverberaban como diamantes.

CAPÍTULO III.

EN DONDE EL REY NO SE DIVIERTE.

Como ya hemos dicho, había velada, es decir, reunión en el castillo de Saint-Cloud.

Triste reunión.

Sin duda las fisonomías habitualmente tristes, apesadumbradas y ceñudas de los señores de Villele, de Corbiere, de Damas, de Chabrol, de Doudeauville y del mariscal Oudinot no eran á propósito, aunque la fisonomía sonriente, y satisfecha de sí, de Mr. de Peyronnet les servía de contrapeso; no eran las más propias, decimos, para sostener una hilaridad continua en la fisonomía de los cortesanos; aparecía aquella noche una melancolía más expresiva que de ordinario; la inquietud estaba retratada en sus miradas, en sus palabras, en sus gestos, en su actitud, en sus menores movimientos, en fin. Se miraban unos á otros como para preguntarse qué partido tomarían para salir de la mala situación en que todos estaban colocados.

Carlos X, en traje de general, con el cordón azul al cuello y la espada ceñida, se paseaba melancólicamente de sala en sala, respondiendo con una sonrisa vaga y un distraído saludo á las demostraciones de respeto á que su presencia daba lugar.

De cuando en cuando se aproximaba á una ventana, y parecía mirar con la mayor atención.

¿Qué miraba?

Miraba el luminoso cielo de aquella hermosa noche, y parecía encontrar desventaja en su real y triste reunión respecto á la fiesta deslumbradora y alegre que la luna daba á las estrellas.

De tiempo en tiempo, aun daba un profundo suspiro, del mismo modo que si hubiera estado solo en su alcoba, y que en lugar de llamarse Carlos X, se hubiera llamado Luis XIII.

¿En qué pensaba?

¿Sería en el resultado sombrío de la sesión de 1827? ¿En la inicua ley de imprenta? ¿En los ultrajes hechos á los restos de Mr. de La Rochefoucauld-Liancourt? ¿En los ultrajes recibidos en la revista del campo de Marte? ¿En el licenciamiento de la guardia nacional y en la efervescencia que esto había producido? ¿En la ley sobre la lista del jurado, ó en la ley sobre las listas electorales, que traían trastornados los ánimos de los parisienses? ¿Sería, en fin, en la sentencia de muerte de Mr. Sarranti, que debía ser ejecutada en la mañana siguiente, y que podía, según hemos visto por la discusión entablada entre Salvador y Mr. Jackal, producir una profunda conmoción de la capital?

No.

Lo que preocupaba, inquietaba, entristecía y consternaba.

naba al rey Carlos X era una nube negra, resto de la obstinada tormenta que había concluido, y que obscurecía el plateado disco de la luna.

Temía ver reaparecer la tormenta que había concluido.

Efectivamente, se había preparado para la mañana siguiente una gran montería en el bosque de Compiègne, y S. M. Carlos X, que era el más aficionado cazador que Dios ha criado desde Nemrod, gemía profundamente, que la caza podría faltarle, ó al menos ser contrariado por el mal tiempo.

— ¡Nube del diablo! murmuraba interiormente; ¡luna maldita! decía en voz sorda. Y á este pensamiento se obscurecía su frente olímpica de tal modo que los cortesanos se preguntaban unos á otros en voz baja:

— ¿Sabéis qué puede tener S. M.?

— ¿Adivináis qué puede tener S. M.?

— ¿Suponeís qué puede tener S. M.?

— Sin duda, se decían, ¡Manuel ha muerto! ¡Pero esta muerte tan dolorosa para el partido de la oposición, no es para la monarquía una desgracia tal que deba preocupar de tal modo al rey!

— Esto no es otra cosa que un francés menos en Francia, continuó otro parodiando este dicho nacional de Carlos X á su entrada en París: esto no es otra cosa que un francés más en Francia.

— Sin duda, continuaba otro, mañana ejecutan á Mr. Sarranti, del cual aseguran que no es culpable, ni del robo ni del asesinato de que le acusan; pero si no es ladrón ni asesino, es un bonapartista, ¡lo cual es mucho peor! y si no ha merecido más que la muerte de un modo, ¡seguramente merece una triple muerte por otro!

No hay motivo pues, por eso, para arrugar la augusta frente de S. M.

En este momento, y cuando una inquietud tan terrible empezaba á extenderse entre los convidados, de tal suerte que se preparaban para marcharse, el rey mirando siempre por los vidrios de una ventana, hizo una exclamación de alegría tan expresiva, que recorrió como una chispa eléctrica en el pecho de todos los asistentes, de sala, en sala, y se extendió hasta en las antecámaras.

— S. M. se divierte, dijo la multitud, cuya respiración comprimida tomó su curso natural.

En efecto, el rey se divertía prodigiosamente.

La nube negra que obscurecía la luna, sin desaparecer de un todo, había dejado el lugar que ocupaba hacia largo rato, é impelida por dos vientos contrarios iba de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente con la gracia de un volante entre dos vaquetas.

Esto era lo que divertía á S. M.; este espectáculo era el que le había hecho dar la alegre exclamación que tranquilizó el espíritu de los cortesanos.

Pero su felicidad (la dicha no es hecha para los mortales), su felicidad, decimos, fué muy corta.

Mientras el cielo se aclaraba, la tierra se obscurecía.

Anunciaron al ministro de policía.

El ministro de policía entró con el entrecejo más arrugado que podía haberlo tenido en su vida el rey.

Se dirigió rectamente á Carlos X, é inclinándose con el respeto que inspiraba la doble majestad de la edad y del rango:

— Señor, dijo, tengo el honor, vistas las graves circunstancias actuales, de solicitar del rey la autorización para tomar todas las medidas que exigieren los graves

acontecimientos de que mañana puede ser teatro la capital.

— ¿Por qué son graves las circunstancias y de qué acontecimientos queréis hablar? preguntó el rey, que no comprendía que pudiera suceder sobre el globo alguna cosa más interesante que lo que pasaba entre la luna, la nube negra y las dos corrientes de aire.

— Señor, dijo Mr. Delavau, no digo nada nuevo á V. M.; manifestándole que Manuel ha muerto...

— Ya lo sé, en efecto, interrumpió Carlos X con impaciencia: era un hombre de un mérito grande según aseguran, pero como dicen al mismo tiempo que era un revolucionario, esta muerte no debe entristecernos sobre manera.

— No es, respecto ese sentido, la muerte de Manuel lo que me aflige ó más bien me espanta.

— ¿En qué sentido? hablad, señor prefecto.

— ¿Recuerda el rey, continuó éste, las escenas deplorables de que las exequias de Mr. de La Rochefoucauld y Liancourt han sido la ocasión ó más bien el pretexto?

— Me acuerdo, dijo el rey. No hace mucho tiempo que pasaron esos acontecimientos para que los haya olvidado.

— Esos funestos acontecimientos, prosiguió el prefecto de policía, han causado en la cámara una agitación que se ha extendido á una gran parte de vuestra buena ciudad de París.

— ¡Mi buena ciudad de París! mi buena ciudad de París, murmuró el rey en voz baja; en fin, continuad.

— La cámara...

— La cámara está disuelta, señor prefecto; no hablemos más de ella.

— Sea, dijo el prefecto ligeramente disgustado; pero

eso es justamente por lo que, estando disuelta, y no pudiendo ser autorizado por ella, vengo directamente á pedir al rey el permiso para declarar á París en estado de sitio, con el objeto de prevenir los acontecimientos que puedan resultar de los funerales de Manuel.

Aquí pareció que el rey prestaba una atención muy marcada á las palabras del prefecto de policía, y con voz algo turbada le preguntó:

— ¿Es, pues, tan inminente el peligro, señor prefecto?

— Sí, señor, respondió con una voz firme Mr. Delavau, que tomaba valor todas y cada una de las veces que veía aparecer la inquietud en la frente del rey.

— Explicaos, dijo Carlos X.

Después, volviéndose hacia los ministros:

— Venid, señores; les dijo haciéndoles señal de que le siguiesen.

Los condujo hacia el alféizar de una ventana; después, estando entre ellos y viendo el consejo casi completo, repitió al prefecto:

— Explicaos.

— Señor, prosiguió éste, si yo no tuviese que temer más que por los funerales de Manuel, no hablaría de mis inquietudes al rey. Efectivamente, anunciando sus funerales para mediodía y haciendo que se llevasen su cuerpo á las siete ó las ocho de la mañana, yo daría buena cuenta de la efervescencia popular; pero dignese el rey pensar que es ya difícil reprimir un movimiento revolucionario, y es, por decirlo así, imposible dominarlo, cuando á este primer movimiento se unirá un segundo.

— ¿Y de qué movimiento habláis? preguntó el rey atónito.

— De un movimiento bonapartista, señor, respondió el prefecto de policía.

— ¡Fantasmas! exclamó el rey, de que sólo pueden asustarse débiles mujeres y niños; el bonapartismo tuvo su época, y murió con Mr. de Bonaparte; no hablemos, pues, más que de la cámara, muerta también; *requiescant in pace*.

— Permittedme insistir, señor, dijo el prefecto con firmeza, el partido bonapartista tiene tanta vida, que hace un mes, por decirlo así, han arrebatado las armas de todas las armerías, y las fábricas de Saint-Etienne y de Lieja trabajan por cuenta suya.

— ¿Qué me decís? dijo el rey atónito.

— La verdad, señor.

— Hablad claro entonces; dijo el rey.

— Señor, mañana ejecutan á Mr. Sarranti.

— Mr. Sarranti, esperad, dijo el rey apelando á sus recuerdos, tengo, sobre la súplica de un monje, concedido á ese sentenciado alguna cosa como una gracia.

— Sobre la súplica de su hijo, que os ha pedido tres meses para ir á Roza, de donde debía, según decía, traer la prueba de la inocencia de su padre, y vos le habéis concedido la prórroga.

— Los tres meses, señor, expiran hoy, y en virtud de las órdenes que he recibido, la ejecución debe tener lugar mañana.

— Sí, señor; pero no solamente no lo ha probado, sino que no ha vuelto todavía.

— ¿Y es mañana el último día que pidió y yo le concedí?

— Mañana es, sí, señor.

— Continúad.

— Pues bien, uno de los más ardientes partidarios del emperador, el mismo que ha intentado arrebatarse al rey de

Roma, ha gastado de ocho días á esta parte más de un millón para salvar á Mr. Sarranti, su compañero de armas, y su amigo.

— ¿Creéis, señor, preguntó Carlos X, que un hombre que fuera realmente un ladrón y un asesino, inspiraría semejante sacrificio?

— Señor, ha sido condenado.

— Bien, dijo Carlos X, ¿sabéis de qué fuerzas dispone el general Le Bastard de Premont?

— De una fuerza considerable, señor.

— Pues bien, oponedle una fuerza doble, triple, cuádruple.

— Esa determinación está tomada, señor.

— ¿Pues entonces, qué teméis? dijo el rey impaciente y mirando á través de los vidrios.

La nube negra había desaparecido completamente, la disonancia del rey se despejó en razón á la diafanidad del cielo.

— Lo que yo temo, señor, continuó el prefecto de policía, es la coincidencia de los funerales de Manuel y la ejecución de Mr. Sarranti.

Es la reunión, bajo este aspecto, de los bonapartistas y jacobinos.

Es la celebridad de estos dos hombres en los dos partidos, son en fin varios síntomas alarmantes, tales como el aprisionamiento y desaparición de uno de los agentes más hábiles y más adictos á V. M.

— ¿Quién ha sido arrebatado? preguntó el rey.

— Mr. Jackal, señor.

— ¿Cómo? preguntó el rey estupefacto, ¿ha sido arrebatado Mr. Jackal?

— Sí, señor.

— ¿ Cuándo ha sido ?

— Hace unas tres horas poco más ó menos, señor, en el camino de París á Saint-Cloud, cuando se volvía al palacio del rey para conferenciar conmigo y con el ministro de Justicia sobre los nuevos hechos que acababan de descubrirse, á lo que parece.

Tengo, por lo tanto, señor, continuó el prefecto de policía prosiguiendo su discurso, el honor de suplicaros, que para prevenir incalculables desgracias, pronunciéis la orden de poner á París en estado de sitio.

El rey movió la cabeza sin contestar.

Viendo que el rey no respondía, los ministros guardaron silencio.

El rey no respondía, por dos razones.

La primera, por parecerle grave la determinación.

La segunda, porque recordaba la montería preparada en Compiègne, detenida hacia tres días y en que pensaba divertirse mucho.

No era prudente cazar con tanto aparato el día mismo que se pudiese á París en estado de sitio.

El rey Carlos X conocía los diarios de oposición y sabía muy bien que no desperdiciarían tan buena ocasión de hablar.

Poner á París en estado de sitio y cazar el rey el mismo día en Compiègne, era imposible ; era preciso renunciar á la caza ó al estado de sitio.

— ¡ Y bien ! señores, preguntó el rey, ¿ qué opinan vuestras excelencias sobre la proposición del señor prefecto de policía ?

Con gran asombro del rey, todos opinaron por el estado de sitio.

El ministerio Villele, afirmado en el poder hacia cinco

años, sentía como un sordo temblor de tierra, un sacudimiento progresivo, y esperaba, ó mejor dicho, buscaba una ocasión para presentar una gran batalla al país.

Este partido extremo no pareció agradar nada al rey ; movió la cabeza segunda vez, lo cual significaba que no participaba de la opinión de su consejo.

De pronto, como iluminado de un súbito pensamiento, exclamó el rey :

— Si yo indultase á Mr Sarranti, no solamente disminuiría en la mitad las fuerzas del motin, sino que podría quizá con esta prueba de benignidad atraerme buen número de partidarios.

— Señor, dijo Mr. de Peyronnet, Sterne tuvo mucha razón cuando dijo : que no había un átomo de aborrecimiento en el alma de los Borbones.

— ¿ Quién ha dicho eso, señor ? pregunto Carlos X, visiblemente adulado con el cumplido.

— Un autor inglés, señor.

— ¿ Vive ?

— No señor, murió de sesenta años de edad.

— Ese autor nos conocía bien, señor, y yo siento no haberle conocido ; pero no nos separemos de la cuestión. Lo repito, el asunto de Mr. Sarranti no me parece claro. No quiero que se eche en cara á mi reinado de tener sus Calas y sus Lesurques. Lo repito, tengo buenos deseos de indultar á Mr. Sarranti.

Pero los ministros, lo mismo que la vez primera, guardaron silencio.

Se hubiera creído que eran los ministros de cera del salón de Curtius, que aún existía en esta época.

— ¡ Y bien ! dijo el rey algo incomodado, ¿ no contestaréis, señores ?

El ministro de Justicia, sea que fuese el más animoso, sea que el perdón del condenado le concerniese más directamente, dió un paso hacia el rey, é inclinándose, dijo:

— Señor, si V. M. me permite expresar libremente mi opinión, me atreveré á decir que el indulto del sentenciado produciría el más mal efecto en el espíritu de los fieles súbditos del rey: se espera la ejecución de Mr. Sarranti como si él fuese el último retoño del partido bonapartista, y su perdón, en lugar de ser mirado como un acto de humanidad, no dejaría de ser tachado de debilidad. Suplico por tanto al rey, y creo al hacerlo así expresar la opinión de todos mis colegas, que deje á la justicia seguir su curso.

— ¿Es este efectivamente el parecer del consejo? preguntó el rey.

Todos los ministros respondieron á una voz que participaban de la opinión del ministro de Justicia.

— Pues sea como queréis, dijo el rey con un aire afogado.

— Entonces, dijo el prefecto de policía cambiando una mirada con el presidente del consejo, ¿me permite el rey declarar á París en estado de sitio?

— ¡Ay! es preciso hacerlo, respondió lentamente el rey, una vez que las opiniones de todos están conformes; aunque, á decir verdad, el estado de sitio me parece un medio de represión muy riguroso.

— Existen rigores necesarios, señor, dijo Mr. de Villele, y la inteligencia del rey es muy clara para no comprender que ha llegado el momento de recurrir á esas medidas.

El rey exhaló un profundo suspiro.

— Ahora, dijo el prefecto de policía, me atreveré á expresar al rey un gran deseo.

— ¿Cuál?

— No sé cuáles sean las intenciones del rey para mañana.

— ¡Pardiez! dijo el rey, iba á cazar á Compiègne, y hubiera tenido un tiempo magnífico.

— Pues bien, convertiré mi deseo en súplica y pediré al rey que no abandone á París.

— ¡Hum! hizo el rey, mirando á todos los consejeros uno después de otro.

— Esa es nuestra opinión, dijeron los ministros. Nosotros alrededor del rey; pero el rey en medio de nosotros.

— Bien, dijo el rey, no hablemos más de ello.

— Y con un suspiro más doloroso que ninguno de los que había anteriormente exhalado, dijo:

— Que llamen á mi montero mayor.

— ¿V. M. va á dar la orden?...

— De dejar la caza para otra ocasión, señores, una vez que absolutamente lo queréis así.

Después, fijando la vista en el cielo:

— ¡Oh! con un tiempo tan hermoso, dijo á media voz. ¡Qué desgracia!

En este momento, acercándose al rey un ujier, le dijo:

— Señor, un monje, que asegura tener autorización de V. M. para presentarse lo mismo de noche que de día, acaba de presentarse en la antecámara.

— ¿Ha dicho su nombre?

— El abad Domingo, señor.

— ¡Es él! exclamó el rey, hacedle pasar á mi despacho.

Después, volviéndose hacia sus asombrados ministros:

— Señores, les dijo, que nadie se mueva hasta mi

vuelta; me anuncian un hombre, cuya venida quizá cambie la faz de los acontecimientos.

Los ministros se miraron con asombro; pero la orden era tan perentoria que no habia medio de eludirla.

En su camino, encontró el rey á su montero mayor.

— ¿Señor, qué acaban de decirme? preguntó éste, ¿no tendrá lugar la caza de mañana?

— Eso es lo que sabremos dentro de poco, contestó Carlos X; mientras tanto no recibáis más órdenes que las mías.

Y continuó su camino, más tranquilo con la esperanza de que esta inesperada visita podía tal vez modificar las rigurosas disposiciones que le proponían para la mañana siguiente.

CAPÍTULO IV.

EN EL QUE SE EXPLICA POR QUÉ M^o. SARRANTI NO ESTABA EN LA CAPILLA DE LOS CONDENADOS Á MUERTE.

Al entrar en su despacho, lo primero que descubrió el rey fué el monje, en pie, pálido, inmóvil, y derecho como una estatua de mármol, en el otro extremo de la habitación.

No pudiendo sentarse la severa y sombría figura del monje, estaba apoyada por la espalda en el artesonado para no caer.

El rey detuvo sus pasos viendo esta especie de espectro.

— ¡Ah! exclamó Carlos X, ¿sois vos, padre?

— Sí, señor, respondió el religioso con una voz tan débil, que parecía salir de la boca de un fantasma.

— ¿Pero parecéis un moribundo?

— Moribundo, efectivamente, señor. Acabo, según mi voto, de andar más de ochocientas leguas á pie: al atravesar el Mont-Cenis, he caído enfermo; me habia contagiado atravesando las marismas. He permanecido un mes en una posada entre la vida y la muerte. Por último, como el tiempo apremiaba, y como llegaba el día fijado para la ejecución de mi padre, me he puesto en camino, corriendo el riesgo de morir; apoyado en los bordes de la carretera, he tardado cuarenta días en andar ciento cincuenta leguas, y sólo hace dos horas que he llegado.

— ¿Pero por qué no habéis tomado un carruaje cualquiera? Aunque no fuese más que por caridad, os hubieran disminuído las fatigas del camino.

— Había hecho voto de ir á pie, á Roma, y volver á pie, señor; debia andar.

— ¿Y lo habéis cumplido?

— Sí, señor.

— Sois un santo.

Una sonrisa de profunda tristeza apareció en los labios del monje.

— ¡Oh! dijo, no os apresuréis á darme ese título. Soy, por el contrario, un criminal que viene á pedir os justicia para otros y justicia contra él.

— Una palabra ante todo, señor.

— Hable V. M., dijo el monje inclinándose.

— Habéis estado en Roma,... con qué objeto, ¿podéis decirme ahora.

— Sí, señor. He estado en Roma para suplicar á Su Santidad que quebrantase el sello puesto sobre mis labios

autorizándome para revelar el secreto de una confesión.

— De modo, dijo el rey suspirando ¿de modo que convencido siempre de la inocencia de vuestra padre, no traéis entretanto ninguna prueba de su inocencia?

— Si, señor, y una prueba irrecusable.

— Hablad pues.

— ¿Podrá V. M. concederme cinco minutos?

— El tiempo que queráis, señor, me interesáis mucho; pero sentaos, dudo que tengáis fuerza para hablar en pie.

— Esta fuerza que estaba pronta á faltarme, me la devuelve la bondad de V. M. Hablaré de pie como corresponde á un súbdito que habla á su rey. Hablaré de rodillas, como debe hablar un criminal á su juez.

— Deteneos, dijo el rey.

— ¿Por qué, señor?

— Vais á decirme lo que os está prohibido revelar, el secreto de confesión; yo no quiero tener parte en un sacrilegio.

— Perdóneme V. M., pero por terrible que sea el corto recitado que voy á hacerle, puede oírle ahora sin incurrir en el sacrilegio.

— Entonces, os escucho.

— Señor, estaba en pie al lado del lecho de un muerto, cuando me llamaron para asistir á un moribundo. El muerto no tenía ya más necesidad de mis plegarias, el moribundo necesitaba mi absolución; marché al momento.

El rey se aproximó al religioso, cuya voz apenas llegaba hasta él, y sin sentarse apoyó su mano sobre una mesa.

Era evidente que se preparaba á escuchar con el más profundo interés.

— El moribundo empezó la confesión; pero apenas hubo dicho algunas palabras, le detuve.

— Vos sois Gerard Tardieu, le dije, no puedo escuchar una palabra más de lo que vais á decir.

— ¿Por qué es eso? preguntó el moribundo.

— Porque soy Domingo Sarranti, el hijo del que habéis acusado de robo y asesinato.

Y retiré mi sillón de su lecho.

Pero me detuvo por mi hábito, diciéndome:

— Padre mío, la Providencia es, por el contrario, quien os conduce á mi lado. Hubiera ido al extremo del mundo á buscaros si supiese dónde podía hallaros, para deciros lo que vais á oír. Como religioso, voy á confesaros mi crimen, como hijo os doy la prueba de la inocencia de vuestro padre. Voy á morir; cuando esté muerto, decid todo lo que voy á contaros.

Y entonces, señor, me contó una cosa terrible: al principio, que él se había robado á sí propio para hacer recaer las sospechas sobre mi padre, el cual había tenido necesidad de huir aquel mismo día, por hacer conspirado contra vuestro hermano. Después llegó al crimen, al verdadero crimen, señor.

— ¿Pero cómo podéis decirme todo esto, cuando sólo lo habéis sabido bajo el secreto de confesión?

— Dejadme concluir, señor; os digo, os juro y os protesto que no quiero induciros á pecar, que mi alma sola corra el riesgo de perderse, ó mejor, ¡Dios mío! añadió el monje levantando los ojos al cielo, ó más bien ya está perdida.

— Continúad, dijo el rey.

— Entonces, me contó que, cediendo á las instigaciones de una mujer con la cual vivía, había resuelto deshacerse de sus dos nietos. Clertamente, no llegó á decidirse sin vacilaciones, combates y remordimientos; pero al fin llegó,

los dos cómplices se dividieron la horrorosa obra, encargándose él del niño, y ella de la niña.

Él cumplió arrojándolo en un estánque, machacándolo con una rama cada vez que salía sobre el agua.

— ¡ Sabéis que es horroroso lo que me contáis !

— ¡ Horroroso ! sí, señor, lo sé.

— Y que será preciso darme la prueba de todo lo que me decís.

— Os la daré, señor.

— La mujer iba á hacerlo, continuó el monje : pero en el momento en que iba á degollar á la pobre niña, un perro, atraído por sus gritos, rompió su cadena y por una ventana se abalanzó á su cuello y la estranguló. La niña huyó toda ensangrentada.

— ¿ Y vive ? preguntó el rey.

— No lo sé. La policía la ha hecho desaparecer, para destruir este testimonio en favor de mi padre.

— Os juro, señor, por mi fe de caballero, que se hará justicia á todo eso. ¡ Sólo os pido la prueba ! ¡ la prueba !

— La prueba, dijo el monje sacando un manuscrito del bolsillo, héla aquí.

É inclinándose ante el rey, le entregó un rollo de papel, sobre el cual estaban escritas estas palabras :

« Esta es mi confesión general ante Dios y ante los hombres, para ser, si necesario fuese, publicada después de mi muerte.

» GERARD TARDIEU. »

— ¿ Desde cuándo tenéis estos papeles ? preguntó el rey.

— Desde aquel día, señor, respondió el monje ; el asesino me lo entregó creyendo que iba á morir.

— ¿ Y teniendo esta prueba no habéis dicho nada, no la habéis presentado á los jueces, y no me la habéis dado ?

— ¿ Señor, no veis sobre este mismo escrito que la confesión del culpable no podía ser publicada, sino después de su muerte ?

— ¿ Ha muerto puesto, entonces ?

— ¡ Sí, señor ! contestó el monje.

— ¿ Cuando ?

— Hace tres cuartos de hora ; el tiempo necesario para venir yo desde Vanves á Saint-Cloud.

— ¡ Oh ! ¡ el miserable ! dijo el rey. Es un favor del cielo el que haya muerto á tiempo.

— Sí, creo que ha sido un favor del cielo, señor. Pero conozco, continuó el monje poniendo una rodilla en tierra, á un hombre tan miserable, más miserable aun que el que ha muerto.

— ¿ Qué queréis decir ? preguntó el rey.

— Quiero decir, que Mr. Gerard no ha fallecido de muerte natural.

— ¿ Se ha suicidado ? exclamó el rey.

— No, señor ; ¡ ha sido asesinado !

— ¡ Asesinado ! exclamó el rey, descubriendo en medio de estas tinieblas una luz semejante á la de un relámpago ; ¡ asesinado ! ¿ y por quién ?

— El monje sacó de su pecho el cuchillo con el que había muerto á Mr. Gerard, y le puso á los pies del rey.

El cuchillo estaba ensangrentado.

La mano del monje estaba llena de sangre.

— ¡ Oh ! dijo el rey dando un paso atrás ; el asesino,

es...

No se atrevió á concluir.

— Soy yo, señor, dijo el monje inclinando la cabeza ;

era el único medio de salvar la honra y vida de mi padre. ¡ El cadalso está preparado, señor, mandad que yo suba á él !

Hubo un momento de silencio, durante el cual, el monje permaneció con la cabeza inclinada, esperando su sentencia.

Pero con gran asombro del abad Domingo, el rey, que á la vista del puñal ensangrentado habia dado un paso atrás, sin adelantarse hacia él, pero con una voz dulce, le dijo :

— Levantaos, señor ; vuestro crimen es sin duda horrible, espantoso ; pero tiene su explicación ya que no su excusa en vuestro filial cariño ; y vuestro amor filial es el que os ha puesto el cuchillo en la mano, y aunque no se le permitiera á nadie hacerse justicia por su mano, la ley la apreciará, y yo no tengo nada que decir y nada que hacer hasta la hora de la sentencia de la causa que contra vos se á formarse.

— ¡ Pero mi padre ! señor, ¡ mi padre ! exclamó el monje.

— Eso es otra cosa.

El rey llamó, y apareció un ujier.

— Decid al señor prefecto de policía, y al señor guardasellos, que les espero aquí.

Después como el monje habia permanecido con una rodilla en tierra á pesar de la invitación que se le habia hecho de que se levantara :

— Levantaos, señor, le dijo por segunda vez Carlos X.

El monje obedeció, pero como estaba tan débil, tuvo que apoyarse sobre la mesa para no caer.

— Sentaos, dijo el rey.

— ¡ Señor ! balbuceó el monje.

— Bien, veo que es preciso mandarlo. Os ordeno, pues, que os sentéis.

El monje cayó medio desvanecido en un sillón.

En este momento el prefecto de policía y el ministro de Justicia asomaron á la puerta, poniéndose á la orden del rey.

— Señores, les dijo el rey casi alegremente, tenia razón cuando os decía hace poco que la llegada de la persona que me anunciaban podría muy bien cambiar la faz de los sucesos.

— ¿ Qué quiere decir V. M. ? preguntó el ministro de Justicia.

— Quiero decir, que tenia mucha razón cuando pretendia que no era necesario servirse del estado de sitio, sino en último extremo : ahora no estamos en él, gracias á Dios.

Después, volviéndose hacia el prefecto de policía :

— Me habéis dicho, señor, que sin la complicación de la muerte de Manuel, y de la ejecución de Mr. Sarranti, seriais fácilmente dueño de la situación sin emplear la fuerza.

— Sí, señor.

— ¡ Pues bien ! no tenéis ya complicación que temer. Desde este momento, Mr. Sarranti está libre, tengo en mi mano las pruebas de su inocencia.

— Pero... le dijo el prefecto de policía estupefacto.

— Vais á llevar al señor en vuestro carruaje, dijo el rey designándole al hermano Domingo, iréis con él á la Conserjería, y pondréis al momento á Mr. Sarranti en libertad. Os repito que es inocente, y que no quiero que un inocente, desde el momento que se prueba su inocencia, permanezca un minuto preso.

— ¡ Oh ! ; señor ! ; señor ! dijo el monje tendiendo sus manos en señal de reconocimiento hacia el rey.

— Id, señor, dijo Carlos X y no perdáis un instante.

Después volviéndose hacia el monje, le dijo :

— Tenéis ocho días de término para reponeros de las fatigas de vuestro viaje, hermano mío ; de aquí á ocho días os constituiréis prisionero.

— ¡ Oh ! sí, señor, exclamó el monje ; será preciso que os lo jure ?

— No os pido que lo juréis : me basta vuestra palabra.

Después volviéndose al prefecto :

— Id, señor, le dijo, y que sea hecho como deseo.

El prefecto se inclinó y salió seguido del monje.

— ¿ V. M. me hará el favor de explicarme ? se aventuró á decir el ministro de Justicia.

— La explicación será corta, señor, dijo el rey. Tomad estos papeles ; en ellos está la prueba de la inocencia de Mr. Sarranti. Os invito á comunicarla al ministro del Interior. Según toda probabilidad experimentará alguna mortificación al leer el nombre del verdadero asesino, y reconociendo en ese nombre el del hombre cuya candidatura sostenía. En cuanto al monje, como es preciso que la justicia se cumpla, tendréis cuidado de que su causa sea llevada á los próximos *Assises*. ¡ Ah ! aguardad, coged ese cuchillo, es una prueba de convicción.

Y dejando al guardasellos libre de retirarse ó de seguirle, el rey entró muy alegre en el salón donde le esperaba el montero mayor.

— ¿ Y bien, señor ? preguntó éste.

— La montería se verificará mañana, querido conde, dijo el re ; procurad que sea bien llevada.

— ¿ Me permitirá el rey que le diga, que nunca lo he visto con mejor semblante ?

— En efecto, querido conde, de un cuarto de hora á esta parte me siento rejuvenecido de veinte años.

Después, dijo á los ministros que escuchaban absortos :

— Señores, después de las nuevas que acaban de darme, el señor prefecto de policía responde de la tranquilidad de París, por mañana.

Y saludándoles con la mano, dió la última vuelta por los salones, previno al delfin que la caza se verificaría, dijo una palabra chistosa á la señora duquesa de Angulema, abrazó á la señora duquesa de Berri, dió un bofetoncillo en la mejilla á su nieto el duque de Burdeos, ni más ni menos que si hubiera sido un habitante de la calle de Saint-Denis ó del boulevard del Temple, y entró en su dormitorio.

Allí, se dirigió al barómetro colocado en frente de su lecho, dió un grito de alegría viendo que señalaba buen tiempo, rezó sus oraciones, se acostó y se durmió pronunciando estas consoladoras palabras :

— ¡ Ah ! ; gracias á Dios ! tendremos mañana buen tiempo para la montería.

Por los acontecimientos que acabamos de narrar, es por lo que Salvador encontró el calabozo de Mr. Sarranti vacío.